

Othalitza manifestó que algunos mexicanos, adivinando sus deseos, la habia seguido, y temia que no la permitiesen volver á Tezcuco.

Entónces el caudillo de los españoles comisionó á Alvarado para que fuese con veinte ginetes y cien tlaxcaltecas á acompañar á Othalitza y á informarse en su nombre de los deseos de los tezcucanos, autorizándoles para sentar en el trono á Ililiti, que así se llamaba el hijo de Cacumatzin.

Partió aquella comitiva, y Othalitza se despidió de Hernan Cortés con las lágrimas de gratitud.

CAPITULO XXX.

La última esperanza.



El silencio continuaba reinando en México.

Aquellos valerosos adalides que habian peleado como héroes por la independecia de la patria, no parecian.

Sin embargo, Hernan Cortés conocia lo bastante el corazon humano para comprender que pasada la consternacion que se habia apoderado de ellos, volverian con nuevo ímpetu, con nueva rabia, à combatirlos.

El cuartel habia quedado muy mal parado despues del último ataque, y empleó á sus soldados en aquellos dias de descanso en reparar los desperfectos y en fortificar mejor, no solo ya el cuartel, sino sus avenidas.

Moctezuma parecia más tranquilo.

La esperanza le sonreia en los ojos de Guacalcinla.

Pero tanto la hija como el padre, esperaban con ánsia la respuesta de Guatimotzin.

No tardaron en volver los tlaxcaltecas á quienes habia comisionado Guacalcinla para que hablaran á su esposo.

Su respuesta era categórica y definitiva.

—Guatimotzin, tu esposo, los dijeron, está resuelto á recordar su deber á los mexicanos, á devolver á Moctezuma todo su prestigio, á colocarle de nuevo en el trono con el mismo esplendor que tenia ántes de que vinieran los españoles. Pero exige en cambio una condicion ineludible.

—¿Cuál? preguntó Guacalcinla con gran ansiedad.

—Exige que primero salgan los españoles de México y vuelvan á su patria. Exige que rompa el pacto que ha hecho con ellos, declarando como heredero de su trono al rey de los españoles; y si no acepta Moctezuma esta condicion, si persiste en tener á su lado á los enemigos de los mexicanos, Guatimotzin, como esposo y señor tuyo, te manda que vuelvas inmediatamente á Tacuba, porque entonces, sin consideracion de ningun género, procurará ponerse al frente de los mexicanos, no ya para salvar á tu padre, sino para salvar á la patria.

Guacalcinla se apresuró á comunicar á Moctezuma los deseos de Guatimotzin.

Las palabras de la jóven produjeron una gran emocion en el emperador.

—Eso nunca, contestó al oír las proposiciones de Guatimotzin.

Yo no puedo faltar á mi palabra; yo no puedo desobedecer la voluntad de los dioses, que de diversos modos me han aconsejado que acate y venero á los españoles como descendientes del gran Quetzalcoal.

Con toda la solemnidad propia de un soberano, he declarado mi heredero al rey de los extranjeros, y los mexicanos deben respetar mi voluntad.

Guatimotzin es ademas de mi hijo mi vasallo, y no soy yo quien debe aceptar sus condiciones, sino él acatar las mias.

—Piensa, padre mio, que es el único medio de devolver la felicidad á tu imperio el que Guatimotzin te ofrece.

—¿Cómo se atreve á ofrecerme servicios con condiciones imposibles de aceptar?

Mi resolucion es irrevocable.

Los españoles partirán, porque ese es su deseo, porque así me lo han ofrecido.

Pero no partirán porque yo les arroje de mi lado.

Seria indigno en mí el faltar á mis promesas, á la lealtad jurada, y prefiero la muerte á la deshonra.

—En ese caso, mi deber es obedecer á mi esposo, si él me manda que me aparte de tu lado.

—¿Tambien tú me abandonas?

—¿Qué quieres, padre mio?

—Yo creía que ya se habian acabado los dias del dolor; pero veo que ahora empiezan. Cúmplase la voluntad del gran Tezcalepuzca.

—¡Adios, adios, padre mio!

Moctezuma iba á contenerla; pero en aquellos momentos entró en la estancia Hernan Cortés para anunciarle que la emperatriz, sus hijos y sus servidores acababan de llegar, y deseaban verle.

Poco despues penetraron en el aposento del enfermo, y unieron sus súplicas á las de Guacalcinla.

Todo fué inútil.

Moctezuma aseguraba á todos que si los mexicanos no le prestaban inmediata obediencia, que si los jefes de la insurreccion no sufría el castigo que merecian, él mismo se daría la muerte para que quedara en su pueblo el eterno remordimiento de haberle asesinado.

Viendo lo inútil de sus ruegos, Guacalcinla y su madre, seguidas de sus servidores, abandonaron el cuartel de los españoles, resueltas á influir en el ánimo de los jefes mexicanos para que no contribuyesen á la muerte del monarca.

Al verse solo Moctezuma, llamó á Hernan Cortés, porque queria saber la verdadera situacion de su pueblo, y ver si aún podia sostener en su alma alguna esperanza.

Con este objeto suplicó á Hernan Cortés que llamase en su nombre al hueiteopixque, ó gran sacerdote.

Envió Hernan Cortés dos mensajeros de los de la servidum.

bre de Moctezuma para que le buscasen, y algunas horas despues se presentó solo en la puerta del cuartel, siendo inmediatamente conducido á la presencia de Moctezuma.

El gran sacerdote iba resuelto á decir la verdad al emperador.

A las preguntas que le dirigió él monarca, contestó en estos términos:

—Vuestro pueblo, señor, comprende todo lo horrible del atentado que ha cometido, y el remordimiento ha paralizado sus fuerzas y le ha consternado.

Pero no ha borrado de su alma el sentimiento de odio que experimenta hácia los españoles.

Ese sentimiento le ha llevado á la desesperacion, y conducido por él se ha atrevido á herir á su soberano.

No hay uno solo en México que no diera su vida por salvar la vuestra.

Pero todos saben cuánta es la obstinacion que teneis en conservar á vuestro lado á los extranjeros, y no habrá medio de calmar su inquietud.

—¿Cómo no se ha presentado á mí el príncipe de Iztacpalapa? preguntó Moctezuma.

¿Cómo siendo mi hermano, cómo habiendo recibido tantos favores de mí, se ha atrevido á ponerse al frente de los mexicanos para atacar á mis amigos?

¿Cómo despues del crimen que han cometido sus soldados, no ha venido á implorar mi perdon?

—Señor, el pueblo rechaza con indignacion el solemne pacto que habeis hecho con los españoles, declarando á su rey heredero de vuestro trono; y ateniéndose á la tradicion y á su voluntad, ha nombrado para sucederos en la corona al príncipe de Iztacpalapa.

Moctezuma dejó escapar un grito de indignacion.

—¡Ah! exclamó, ardiendo en ira. ¿Y él la ha aceptado, y han sido mis vasallos tan miserables, que viviendo han creído yo

que podian disponer de mi trono?... Pero ¿qué puedo hacer para oponerme á semejante infamia?

Vos, gran sacerdote, ¿cómo no habeis proclamado mi autoridad, cómo no habeis recordado á los mexicanos que soy dueño del trono por la voluntad de los dioses?

—Los dioses estan enojados con vos, porque habeis prohibido los sacrificios en los templos, accediendo á los deseos de los extranjeros.

—Que vengan á mi presencia todos los príncipes.

—Cacumatzin ha muerto á manos de los españoles.

—¡Esto más!

—Guatimotzin ha jurado no venir al cuartel sino al frente de un ejército, para destruir á los enemigos.

—¡Es posible tanta obcecacion!

—El príncipe de Iztacpalapa no os obedecerá.

—¿Y los mexicanos?

—Los mexicanos nada esperan de vos.

—Bien está, exclamó Moctezuma. Partid inmediatamente; yo os maldigo á todos.

El gran teopixque inclinó la cabeza y partió.

—¡Ah! exclamó Moctezuma. ¿Con que es posible que los dioses me hayan abandonado de este modo? ¿Con que me encuentro sin pueblo, sin corona, sin familia, sin nada? ¡Oh! Esto no es posible soportarlo. ¿Para qué quiero la vida, si es una ignominia conservarla?

Ellos me han herido; ellos sufrirán el castigo de los dioses, y al mismo tiempo el eterno remordimiento por mi muerte, porque moriré, sí; yo mismo acabaré con mi vida.

Y al decir esto se quitó de la frente las compresas que oprimian su herida, y con su diestra procuró abrir de nuevo la llaga.

En el momento en que acababa de consumir aquel atentado, y en medio de la fiebre de la desesperacion iba á arrojarse sobre el suelo para acabar con su vida, cuando se presentó en la estancia fray Bartolomé de Olmedo, y conteniéndole:

—Hay un Dios, exclamó, que os ha dado la vida; solo él puede quitárosla.

El infeliz Moctezuma, al oír aquellas palabras, aterrizado de su propia obra, quedó en la más lamentable postracion.

La fiebre que le devoraba, la herida abierta de nuevo, y el desaliento en que habia caído, agravaron su mal hasta el punto de creer todos que se acercaba el fin de sus días.

CAPITULO XXXI.

La conversion de Moctezuma.



o se ocultó á fray Bartolomé de Olmedo el aflictivo estado en que se hallaba Moctezuma.

La pena que amargaba los días de su existencia, la imposibilidad de hallar consuelo para aquella pena, ofrecian la seguridad de su próximo fin.

Pero el deber de fray Bartolomé de Olmedo, como ministro del Sér Supremo, y al mismo tiempo el deseo que tenia Hernan Cortés de realizar uno de los fines principales que le habian impulsado á la conquista de México, pusieron á los dos de mútuo acuerdo para desear que ántes de morir Moctezuma recibiese el bautismo y acabase sus días como cristiano.

Esta medida, no solo satisfacía sus sentimientos religiosos, sino que podia producir un gran efecto moral en los mexicanos, porque en aquellas circunstancias estaban todos arrepentidos del atentado que habian cometido con su emperador.

La reaccion que se habia operado en los mexicanos habia aumentado el prestigio del monarca, y si sabian que en los postreros instantes de su vida habia abjurado de sus creencias y habia abrazado la religion de los españoles, podian éstos prometerse alguna influencia más de la que ya tenian sobre aquellos guerreros, que defendian con tanta energía y vigor su independencia.

Fray Bartolomé de Olmedo tomó á su cargo la mision de instruir en la fe al pobre emperador.

—Volved los ojos al pasado, le dijo, aprovechando un mo-

mento en que estaba tranquilo, y contemplad lo que son las grandezas humanas. No hace mucho érais un ídolo de vuestro pueblo. Los que ántes os adoraban han puesto en vos sus manos. Y sin embargo, en estos momentos una fuerza superior os impulsa á perdonarlos, ¿no es cierto?

—¡Ah! Sí, exclamó con amargura Moctezuma.

—Pues bien; ese sentimiento hácia vuestro pueblo que se ha despertado en vuestra alma, cuando se acerca el instante en que vais á dormir el sueño eterno, es el primer paso que dais por el camino de la fe. La religion cristiana nos manda perdonar á nuestros enemigos. ¿No experimentais una dicha inefable en medio de vuestra amargura, cuando cruza por vuestra mente la idea del consuelo que llevareis al alma de vuestros vasallos perdonándoles?

—Sí, dijo el emperador.

—Pues bien, prosiguió fray Bartolomé de Olmedo; esa dicha es la que resulta del cumplimiento de un deber.

Vos, poderoso ayer, que en un momento de desesperacion hubiérais condenado mil hombres al suplicio, hoy, en el lecho del dolor, sentís piedad para vuestros vasallos, y es que el dolor os aparta del mundo y os acerca á Dios.

¿Qué hacen, que pueden hacer esos falsos ídolos á quien adorais para daros consuelo?

¿Por ventura han impedido que llegueis á la afflictiva situacion en que os encontráis?

¿Han detenido el brazo de vuestros vasallos en el momento en que lo han levantado contra vos?

—Los dioses me han castigado con justicia, exclamó Moctezuma. Ahora me contemplo despojado de todas las vanidades de la vida, y considero que es justo el castigo que sufro.

Yo he llevado la guerra á las tribus más apartadas de mi ciudad, y aprovechándome de sus escasas fuerzas, las he sometido á la esclavitud, las he uncido á mi carro de triunfo.

De entre los seres indefensos que las formaban, al caer prisioneros en mi poder escogia los que queria, y los enviaba á los templos, donde eran sacrificados para aplacar la cólera de los dioses.

En México mismo he considerado á mis vasallos como ciegos ejecutores de mi voluntad y mi capricho.

He sido un verdadero tirano, y por eso merezco verme abandonado de los dioses, olvidado de mis vasallos, herido por mi pueblo, condenado á una muerte oscura y afrentosa.

Y recordando la situacion en que se hallaba:

—Ya lo veis, añadió con tristeza; mi hija se ha separado de mí, porque su esposo no ha querido obedecerme.

Mis deudos, mis amigos, mis favoritos, me han abandonado, porque ya nada esperan de mí.

Hasta mi misma esposa ha huido con sus hijos á ocultar la vergüenza que le causa el triste estado del que en otro tiempo era ídolo de su pueblo.

Al acercarse mi última hora, están léjos de mí todos los seres queridos de mi corazon. Solo sus sombras, como fantasmas amenazadoras, rodean mi lecho, y me parece oír en medio del silencio de la estancia en donde agoniza su eterna maldicion.

—¿Y deseais la muerte?

—Sí; la deseo.

—Pero ¿creeis que muere el alma? No, no muere: el Creador de todo lo que existe, al despojar al alma de la materia que la envuelve, la lleva á una mansion de dolor para que purgue allí sus delitos.

—¿Sin perdonárselos?

—¡Oh! No; se los perdona. Pues bien; la religion cristiana, que es la verdadera, tiene piedad para los pecadores. Los que os han conocido, los que como yo hayan podido apreciar lo que vale vuestro corazon, saben que no sois tan culpable como vos mismo presumís.

—¡Oh! Sí, exclamó Moctezuma; soy muy culpable.

—El pecador que confiesa su pecado, prosiguió el misionero, muestra arrepentimiento, y el arrepentimiento es lo que más aplaca el justo enojo del Dios de justicia. ¿Creeis vos que siendo hechura del Sér Supremo, que habiendo recibido de él la vida, teneis derecho para quitárosla, para destruir su obra?

—No.

—Pues entónces ¿en qué fundais el culto que tributais á vuestros ídolos, reducido á sacrificar en sus aras millares de séres inocentes, que no han cometido más delito que el de no haber nacido en México?

¿Creeis que pueden ser verdaderos representantes del autor de todo lo que existe unos dioses que necesitan para aplacar su enojo ver á los piés de los altares correr la sangre humana?

Pero ¿qué más? ¿Creeis que si no nos hubiera traído á estas regiones el deseo de convertiros á todos á la fe, de mostrar la verdad divina, hubiéramos arrostrado las penalidades de los viajes, las consecuencias de los combates con la fe y la resignacion, con la energía y el heroismo que nos ha dado el triunfo en todas ocasiones, luchando en corto número contra inmensas falanjes de soldados?

¡Ah, Moctezuma! Volved en vos, oid mis palabras y seguid mi consejo. ¡Qué gran fin el vuestro si ántes de cerrar los ojos á la luz para dormir el sueño eterno, sentís en vuestra alma el dulcísimo bálsamo de la religion cristiana, morís perdonando y bendiciendo à vuestros enemigos, é implorais con el más profundo y sincero arrepentimiento el perdon de vuestras culpas!

Moctezuma guardó silencio breves instantes.

—¿Tanto poder tiene ese Supremo Sér á quien adorais? preguntó despues á fray Bartolomé de Olmedo.

Moctezuma, tú has sido uno de los más grandes y más poderosos monarcas de la tierra. Has podido satisfacer todos tus caprichos, someter á tu voluntad à millares de hombres, y sin

embargo, no has podido tú mismo fabricar, ni hacer que tus más inspirados artistas fabriquen, un grano de arena como el que el mar arroja á la playa, una humilde florecilla como la que nace en los campos y brota en la alfombra de verdura.

¿No creeis, pues, que existe un sér invisible, mucho más grande, mucho más omnipotente, no ya que un rey, sino que todos los reyes del mundo?

—Ese es Tezcalepuzca.

—Llámale como quieras; pero reconócele, y no te detengas en esa creencia. Cree como nosotros que de una Virgen inmaculada nació el Mesías, hijo de Dios, con la mision de quitar los pecados del mundo. Que ese hijo predilecto del catolicismo, que Jesucristo su maestro, practicó la caridad, combatió la tiranía y la opresion, y despertando la inteligencia del hombre y su corazon del letargo en que yacían, le dió con el sentimiento religioso esa grandeza que hace que el más insignificante de los cristianos sea infinitamente más grande que tú, adorando ídolos deformes, que ningun consuelo te ofrecen, que no abren á tus ojos ningun nuevo horizonte.

Moctezuma oia con recogimiento, con fervor, las exhortaciones del padre fray Bartolomé de Olmedo; pero vacilaba.

—Meditad en lo que os he dicho, añadió el misionero.

Y guardando profundo silencio, permanecieron algunos instantes.

El moribundo vacilando.

El misionero esperando su conversion.